

Castañeiro. Pero la ociosidad le pesó horrorosamente arrastrada por las butacas, por el jardín, fumando, y sintiendo tristemente que la vida le huía en humo. Tenía que pagar, además, una deuda de seiscientas pesetas del último año de Coimbra, siempre reformada y aumentada, y que ahora el prestamista, un cierto Leite de Oliveira, reclamaba con violencia. Su sastre de Lisboa también le importunaba con una cuenta pavorosa. Pero, sobre todo, le desolaba la soledad de la Torre. Todos los amigos junto al mar ó en las quintas. La elección encallada como una barca en el lodo. La hermana con *el otro*, en el Mirador; hasta la prima María, desatendiendo ingratamente su tímida petición de un encuentro, y él en su caluroso caserón, sin energías, inmovilizado en una inercia creciente, como si cuerdas lo trabasen, y de hombre que era se convirtiese en fardo.

Una tarde, en su cuarto, acababa de vestirse para montar á caballo, cuando el pequeño de Crispula llamó á la puerta. Una señora preguntaba por el hidalgo.

— ¿No dijo el nombre?

— No, señor; es una señora delgada.

¡La prima María!

— Prima María, ¡qué sorpresa, qué felicidad!

Apoyada en la portezuela del carruaje (el carruaje azul de la *Feitosa*), doña María Mendoza, disculpó atropelladamente y riendo su silencio. Recibiera la carta del primo muy retrasada. Aquel

cartero era fatal. Después estuvieran unos días en Oliveira, preparando la casa en que vivía Anita por el invierno.

— Y, finalmente, como debía una visita en Villa-Clara á la pobre Venancia Ríos, que estuvo enferma, encontré más sencillo parar en la Torre. Bueno, ¿qué es lo que pasa?

— Nada grave. Pero, ¿por qué no entra?

Abrió la portezuela. Ella prefería pasear por la carretera.

— Pues, prima, yo deseaba hablarle de un asunto difícil. Tal vez lo mejor sea atacar la cuestión brutalmente.

— Ataque.

— Entonces, allá va: ¿La prima cree que pierdo el tiempo dedicándome á enamorar á su amiga doña Ana?

— No; yo creo que el primo no pierde el tiempo.

— ¿De veras?

— ¿Qué quiere que le diga? Ya en Oliveira le declaré que soy muy joven para andar con recaídos sentimentales. Pero encuentro que Anita es muy mona, y rica viuda.

— ¡Bonita, viuda y rica! Para conocer esos grandes secretos no la incomodaba yo, prima. ¡Qué diablo! Sea franca. La prima sabe, seguramente, algo. Sea franca: ¿ella tiene por mí alguna simpatía?

Doña María paróse, y murmuró, escarbando

con la punta de la sombrilla la hierba amarillenta:

— Pues está claro que tiene.

— De modo que si pasados estos primeros meses de luto, yo me declarase...

— ¡Santo Dios, ¿se trata de una pasión?

Gonzalo quitóse su viejo sombrero de paja para pasar lentamente los dedos por los cabellos, y díjole en un inmenso y triste desahogo:

— Mire, prima: sobre todo, se trata de la necesidad de acomodarme en la vida. ¿No le parece?

— Tanto me parece, que yo misma se lo indiqué, Y ahora, adiós, que son más de las cinco, y no quiero demorarme por causa de los criados.

Gonzalo protestó y suplicó:

— Un poquito más; es muy temprano. Sólo otra pregunta. ¿Es buena muchacha de verdad?

— Un poquito de genio para animar la existencia, pero muy buena muchacha. Es una dueña de casa admirable. El primo no sabe cómo anda la *Feitosa*; el orden, el aseo, la regularidad y la disciplina que hay allí, son de primera. Ella mira por todo, hasta por la bodega, hasta por la cochera.

— Pues si de aquí á un año realizo mi idea, he de gritar por todas partes que fué la prima María quien salvó la casa de Ramires.

— Por eso trabajo yo, para servir al blasón y al nombre.

El lacayo subió al pescante, y mientras los caballos trotaban corcoveando, doña María gritó:

— ¿Sabe á quién encontré en Villa-Clara? A *Titó*.

— ¿A *Titó*?

— Llegó de Alemtejo y viene á comer con usted. Yo no le traje en el carruaje por el qué dirán.

El carruaje rodó entre risas y dulces despedidas.

Gonzalo marchó al encuentro de *Titó*, y ya le alborozaba la idea de sacarle á *Titó*, íntimo de la *Feitosa*, informes acerca de doña Ana, su genio y sus modos. La prima María, por amor de los Ramires, y, sobre todo, cuitada para provecho de los Mendozas, idealizaba á la novia. Pero *Titó*, el hombre más verídico del reino, amante de la verdad con la antigua devoción de Epaminondas, presentaría á doña Ana tal como era. ¡Ah! Bajo su vozarrón y su presencia bovina, poseía un espíritu muy atento y muy penetrante.

En la Portella se encontraron los dos amigos, y á pesar de que la separación había sido corta, el abrazo fué efusivo.

— ¡Gonzalón!...

— ¡Titosiño querido! Has hecho una falta enorme. ¿Y tu hermano?

— Mi hermano, mejor. Muchas horas de oficina y mucha mujer para un viejo de sesenta años. El ya se lo avisara: «Juan, mira que, entre los pa-

peles viejos y las mujeres nuevas, revientas». ¿Y por acá esa elección?

— La elección será ahora, en los comienzos de Octubre. Yo, malucho, sin vena y hasta sin apetito. Gouveia en la costa, Manuel Duarte en la vendimia. . .

— Vengo á comer contigo, y convidé á Videiriña.

— Bien, ya lo sé; me lo dijo mi prima María, que paró un poco en la Torre. Está en la *Feitosa* con doña Ana.

Durante un momento habló de la intimidad de la prima María en la *Feitosa*, con la tentación de desahogar allí en la carretera la inesperada novela que comenzaba. Pero no se atrevió. Era un angustioso arrepentimiento, como la vergüenza de cubicar todos los restos del pobre Lucena: el distrito y la viuda.

Entonces, conversando de Alemtejo y del hermano Juan, que le contara muchas antiguallas sobre la genealogía de los Ramires, bajaran de la Portella á la Torre con intención de prolongar el paseo hasta los Bravaes. Mas, en la Torre, Gonzalo deseó avisar á Rosa de los dos huéspedes inesperados, señores de tan poderoso apetito. Entraran por la puerta del pomar, donde un hilo lento de agua cuchicheaba su canción. A los gritos del hidalgo, Rosa acudió limpiándose las manos en el delantal. El qué, ¿dos convidados?: hasta cuatro; que, gracias á Dios Nuestro Señor,

comida sobraba. Todavía, por la tarde, comprara á una mujer de la costa un cesto de sardinas, grandes y gordas, que daba gusto.

Titó reclamó en seguida una fritada de sardinas y huevos, y los dos amigos atravesaban el patio cuando Gonzalo reparó en Benito, que escarranchado en un banco, limpiaba con entusiasmo un puño de plata labrada.

— ¿Qué es eso, Benito?

Benito enseñó un palo, obscuro y torcido, con tres aristas afiladas como las de un florete.

— Estaba en el sótano, y esta tarde anduve yo allí por causa de una nidada de gatos, y detrás de un baúl di con unas espuelas de plata y con este bastón.

Gonzalo estudió el macizo puño de plata y sacudió la fina vara en el aire.

— Espléndido, ¡eh!, *Titó*; afilado como un cuchillo, y antiguo, muy antiguo, con mis armas. ¿De qué diablo estará hecho? ¿De ballena?

— De caballo marino; es un arma terrible; mata un hombre. El hermano Juan tiene uno, pero con puño de metal; mata á un hombre.

— Bien — remató Gonzalo —; límpialo y ponlo en mi cuarto; pasa á ser mi bastón de guerra.

A la puerta del pomar encontraran al Pereira de la Riosa con la chaqueta al hombro. En breve, el día de San Miguel, Pereira tomaba la labranza de la Torre, y Gonzalo mostróle á *Titó*, bromeando, el labrador famoso. He ahí al hombre, he ahí

al grande hombre que se prepara á tornar la Torre en una maravilla. Pereira rascaba la barba rala.

— Y también á enterrar buen dinero. En fin, un gusto siempre valió más que una peseta, y el hidalgo, como amo, merece tierra en que los ojos se regalen.

— Pereira — dijo *Titó* —, entonces no se olvide de cuidar los melones; es una vergüenza; nunca en la Torre se comió un buen melón.

— Pues para dentro de un año, así Dios nos conserve, ya comerá en la Torre un buen melón.

Gonzalo abrazó al labrador y marchó hacia la carretera, decidido á confidenciar con *Titó* en la soledad favorable del arbolado de los Bravaes. Mas apenas recomenzaran la caminata, el mismo miedo lo entorpeció, temiendo ahora las informaciones de *Titó*, hombre tan severo y de moral tan escarpada, y terminaran el paseo por los Bravaes sin que Gonzalo se desahogase.

Frente al portón de la Torre, Videiriña esperaba afinando la bandurria en la penumbra de los álamos. Como la noche estaba calurosa, sin una brisa, comieron en el balcón con dos candeleros encendidos. Al desdoblar la servilleta, *Titó* declaró: «que, gracias al Señor de la Salud, la sed era buena». Cuando Benito sirvió el café, una inmensa y lustrosa luna nueva surgía al fondo de la quinta oscura, por detrás de los otros de Valverde.

Gonzalo, enterrado en una butaca de mimbre, encendió el cigarro con beatitud. Todos los tedios é incertidumbres de aquellas semanas emigraban de su alma como ceniza apagada y brevemente barrida, y exclamó, sintiendo menos la dulzura de la noche que el sabor de la vida placida:

— Pues, señores, esto es una delicia.

Videiriña, después de fumar un cigarro, comenzó á puntear la bandurria.

Titó y Gonzalo saboreaban el famoso cognac de moscatel, preciosa antigualla de la Torre, mirando silenciosamente á Videiriña. Nunca el buen trovador hiriera las cuerdas con inspiración más enternecida. Hasta los campos, el cielo, la luna llena sobre las colinas, escuchaban las quejas del *fado* de Ariosa, y abajo el carraspeo de Rosa, los pasos de los criados, alguna sonrisa, el batir de las orejas de un perdiguero, eran como la presencia de un pueblo suavemente atraído por el canto hermoso.

Así se prolongó la noche, y la luna subió con solitario fulgor. *Titó* adormeciera, y, como siempre, para terminar, Videiriña atacó ardentemente el *fado de los Ramires*:

Quién te verá sin asombro,
Torre de Santa Ireneia,
así tan negra y callada
en noche de luna llena.

Después comenzó una estancia nueva, que trabajara en esa semana con amor, sobre una erudita nota del padre Sueiro. Era la gloria magnífica de Payo Ramires, á quien el Papa Inocencio, y la Reina Blanca de Castilla, y todos los príncipes de la Cristiandad, suplican que corra á libertar á San Luis, Rey de Francia, cautivo en tierras de Egipto...

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al Rey de Francia.

Por este abuelo, y por tal hazaña, hasta Gonzalo se interesó, acompañando al canto:

¡Ay!, que junte á sus caballeros
y que salve al Rey de Francia.

Al roncar más fuerte del coro, *Titó* abrió los ojos, y abandonando la butaca, declaró que marchaba para Villa-Clara.

— Estoy derrengado; de viaje y sin dormir desde ayer á las cuatro de la mañana. ¡Caramba!, daba ahora, como aquel Rey griego, un cruzado por un burro.

Entonces, Gonzalo, animado por el cognac, levantóse con una resolución casi alegre:

— *Titó*, antes de salir, ven acá dentro, que quiero hablar contigo de una cosa.

Agarrara uno de los candeleros y penetró en el

comedor, dondè erraba el olor de las magnolias, y allí, sin preparación, con los ojos fijos en *Titó*, que lo siguiera perezosamente:

— *Titó*, oye acá y sé franco. Tú que ibas mucho á la *Feitosa*, ¿qué te parece doña Ana?

Titó, que despertara como al reventar de un mortero, consideró á Gonzalo con asombro:

— Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

— Mira, yo para ti no tengo secretos. En estas últimas semanas hubo conversaciones y encuentros. En fin, para resumir: si de aquí á tiempos pensase yo en casarme con doña Ana, creo que ella no me rechazaría. Tú ibas á la *Feitosa* y tú sabes qué tal es ella.

Titó cruzara los brazos violentamente:

— Pero, ¿vas tú á casarte con doña Ana?

— Hombre, no me voy esta noche á la iglesia. Por ahora quiero sólo informes, y, ¿de quién los puedo tener más francos y más seguros que de ti, que eres mi amigo y la conoces?

Titó no descruzara los brazos, levantando hacia el hidalgo de la Torre su faz honesta y severa:

— Pero, ¿tú piensas casarte con doña Ana; tú, Gonzalo Mendes Ramires?

— Mira, si me vienes con la hidalguía y con Payo Ramires...

— ¿Qué hidalguía? ¿Es que un hombre de bien como tú no piensa en casarse con una criatura como ella? Hidalguía, sí; pero hidalguía de alma y de corazón.

— Bien; entonces, si tú sabes otras cosas... Tú dices que no se puede uno casar con ella; por lo tanto, tú sabes otras cosas. DÍLAS.

Titó enmudeció entonces. Por fin, soplando con un esfuerzo enorme:

— Tú no me llamaste para deponer como testigo. En principio, sin explicaciones, me preguntas si puedes casarte con esa mujer, y yo, sin explicaciones, en principio, declaro que no. ¿Qué diablo quieres más?

Gonzalo exclamó furioso:

— ¿Que qué quiero? ¡Por el amor de Dios, *Titó!* Suponte que estoy apasionado por doña Ana, ó que tengo un interés inmenso en casarme con ella, que ni estoy, ni tengo; pero supónlo. En ese caso, no se desvía á un amigo de una cosa en que él está tan fundadamente empeñado, sin presentarle una razón, una prueba.

— Mira, Gonzalo, yo estoy muy atareado; tú no vas ahora para la iglesia, y ella menos. Mañana hablaremos.

Empujó la puerta de la galería, llamando á Videiriña:

— Ya es hora de marchar, Videira.

Videira, que preparaba un grog frío, vació la copa atropelladamente. Gonzalo no los detuvo, melancólico con aquella repulsa de *Titó* tan poco amistosa. Como sombras atravesaran una sala donde dormía, olvidado desde los Ramires del siglo XVIII, un reloj que dos amorcillos sostenían.

En el descanso de la escalera, Gonzalo, para alumbrarlos, encendió una vela. *Titó* encendió en ella el cigarro. Su mano cabelluda temblaba.

— Entonces, ya lo sabes, Gonzalo, mañana vengo.

— Cuando quieras, *Titó*.

Y en el seco asentimiento del hidalgo había tanto despecho, que *Titó* quedó parado en el escalón.

Videiriña, ya en la carretera, consideraba el cielo, la luminosa serenidad:

— ¡Qué linda noche, señor doctor!

— Linda, Videiriña; y tocó usted hoy divinamente.

Gonzalo entrara en la sala de retratos y posara la palmatoria, cuando el vozarrón de *Titó* retumbó:

— Gonzalo, baja aquí.

El hidalgo bajó. Más allá de los álamos, en la carretera, Videiriña afinaba la bandurria, y apenas la faz del hidalgo surgió en la claridad de la puerta, *Titó*, que lo esperaba con el sombrero hacia la nuca, desahogó:

— Gonzalo, tú te molestaste, y eso es una tontería. Entre nosotros no quiero sombras. Tú no puedes casarte con esa mujer, porque tuvo un amante. No sé si antes ó después de ese tuvo otro. Es una criatura hipócrita. Y ahora no me vengas con preguntas; pero estate seguro de que

tuvo un amante. Soy yo quien te lo afirmo, y tú sabes que yo nunca miento.

Bruscamente marchó hacia la carretera con los poderosos hombros encogidos. Gonzalo ni se movió. Una palabra pasara irreparable en el silencio de la noche y de la luna, y el alto sueño que él construyera sobre doña Ana y su belleza y sus doscientos mil duros se despeñaba en el polvo. Lentamente subió y penetró en la sala. Por cima de la llama alta de la vela, en un cuadro fosco, había una cara seca, amarillenta, de altivos bigotes negros, que se inclinaba atenta, como mirando, y lejos Videiriña esparcía por los campos adormecidos los ingenuos versos celebrando la inmensa gloria de la casa ilustre:

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al Rey de Francia.



X

PASEANDO por el cuarto hasta bien avanzada la noche, Gonzalo removió la amarga certeza de que en toda su vida (casi desde el colegio de San Fidel) cesara de padecer humillaciones, que nacían siempre de cosas tan sencillas, tan seguras para cualquier hombre como el vuelo para cualquier ave; sólo para él constantemente terminadas en dolor, vergüenza ó pérdida. En los comienzos de la vida escoge un confidente, un hermano que en seguida se apodera del corazón de Graciña, é injuriosamente la abandona. Después concibe el deseo, tan corriente, de penetrar en la política, é inmediatamente el acaso le fuerza á rendirse, á acogerse á la influencia de ese mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado por él durante todos esos años de despecho. Después abre al amigo la puerta de los Cuñaes, confiando en la seriedad y en el orgullo de la hermana, y la hermana se abandona al antiguo seductor, sin lucha, la primera tarde que